

Tierra en llamas: México y Nicaragua en clave latinoamericana. Los indoamericanismos de Mariátegui y Haya de la Torre

Como venimos apreciando, gran parte de la intelectualidad latinoamericana se vio atravesada por las discusiones en torno al antiimperialismo y al latinoamericanismo en las primeras décadas del siglo XX. Pero esto atañía sólo a ciertos sectores de la población, preferentemente de la pequeña burguesía, y apenas indirectamente influía en las grandes mayorías sociales. Estas irrumpirán decisivamente en escena detrás de un programa con perfiles antinorteamericanos con la Revolución Mexicana, que trascenderá fronteras y dejará su marca en todo el continente. Las victorias y derrotas de esta revolución se convirtieron en la principal fuente de enseñanzas para la generación que en América Latina entra a la lucha alrededor de 1920. La gesta de Augusto Cesar Sandino en Nicaragua ya viene a expresar un antiimperialismo más maduro y una mayor conciencia del marco continental de la lucha que se lleva adelante. La cuestión nacional se define entonces en oposición, en primer lugar, a la ocupación a la que era sometido el territorio nicaragüense, pero con el correr de la guerra va a ir tomando una dimensión americana, en gran medida por la solidaridad que fue recibiendo su causa desde otros países latinoamericanos. En palabras del propio Sandino en 1928:

“Mi patria, aquello por lo que lucho, tiene como fronteras la América Española. Al empezar mi campaña pensé solo en Nicaragua; luego en medio del peligro, y cuando me di cuenta que la sangre de los invasores había mojado el suelo de mi país, acrecentose mi ambición. Pensé en la República Centroamericana, cuyo escudo ha dibujado uno de mis compañeros”. En 1933 definía al movimiento con mayor precisión: “Este movimiento es nacional y antiimperialista. Mantenemos la bandera de la libertad para Nicaragua para toda la Hispanoamérica” (Mires, 1988).

Fue Perú, un país tan marcado por la penetración del capital extranjero como cualquier otro en el continente, el escenario donde surge, en la década de los 20, un movimiento que buscó sintetizar política y organizativamente al pensamiento antiimperialista latinoamericano. El APRA de Haya de la Torre, instalado desde la tradición marxista, da al antiimperialismo un lugar central en su diseño político ideológico (Ver capítulo sobre Antiimperialismo). Partiendo desde esa definición, otro de los baluartes programáticos centrarles del APRA fue el llamamiento a la Unidad Latinoamericana y el carácter continental de su despliegue. Al internacionalismo proletario comunista, el aprismo opone un nacionalismo indoamericano. Se plantean como primordial “la lucha por la defensa de la soberanía nacional en peligro. Y señala como primer paso en el camino de nuestra defensa antiimperialista la unificación política y económica de las veinte repúblicas en que se divide la gran Nación Indoamericana”. En otro documento reafirma

este concepto, al concluir que América Latina debe constituir una Federación de Estados, retomando aquella vieja idea bolivariana. En base a esta concepción plantea como estrategia la construcción de un partido político de escala regional, que, según el mismo Haya de la Torre, para 1926 contaba con una “vasta sección en Perú y células en México, la República Argentina, América Central, etc.” (Haya de la Torre, 1930). Más allá del caso peruano, las células en los distintos países tuvieron una existencia efímera y escasa relevancia política, pero es innegable que el programa e ideario aprista operó de manera significativa en el campo de las izquierdas y los movimientos nacionales latinoamericanos que se comenzaban a gestar. Se va configurando, por lo tanto, un nacionalismo defensivo, distinto del que en el mundo occidental dio origen a los imperialismos modernos, políticos y económicos (Zea, 1971).

El nacionalismo latinoamericanista de los años 20 expresaba tanto continuidades como rupturas con las tradiciones anteriores. A la vez que retomaba el ideario bolivariano de la Patria Grande, en gran medida idealizado, rompía con el nacionalismo estrecho y artificial de las élites constructoras de los Estados oligárquicos. Se interpretaba a ese nacionalismo “provincialista” como el resultado de una desvirtuación del proyecto independentista de los libertadores, “fragmentado aquel espacio que la historia, la cultura -incluso la guerra- mostraban como una unidad” (Funes, 2006). José Carlos Mariátegui, exponente calificado de aquella intelectualidad latinoamericanista, planteaba, en uno de sus escritos más difundidos, que “la generación libertadora sintió intensamente la unidad sudamericana. Opuso a España un frente único continental. Sus caudillos obedecieron no un ideal nacionalista, sino un ideal americanista”. Y advertía que “no podía haber nacionalismo donde aún no había nacionalidades”. Por lo tanto, afirmaba que ese proyecto, ese ideal americanista, había sido abandonado:

“La revolución de la independencia había sido un gran acto romántico; sus conductores y animadores, hombres de excepción. El idealismo de esa gesta y de esos hombres había podido elevarse a una altura inasequible a gestas y hombres menos románticos. Pleitos absurdos y guerras criminales desgarraron la unidad de la América Indo-española”.

En términos similares razonaba José Vasconcelos, otro destacado intelectual latinoamericanista de los años 20, denunciando aquel nacionalismo vacío de las oligarquías latinoamericanas. Mariátegui resalta el rol aglutinador que la literatura ejerció sobre el campo intelectual de principios de siglo, pero para él era la “emoción revolucionaria” despertada en las masas por la Revolución Mexicana la que finalmente daría unidad real al continente:

“Es absurdo y presuntuoso hablar de una cultura propia y genuinamente americana en germinación, en elaboración. Lo único evidente es que una literatura vigorosa refleja ya la mentalidad y el humor hispano-americanos. Esta literatura - poesía, novela, crítica, sociología, historia, filosofía- no vincula todavía a los pueblos; pero vincula, aunque no sea sino parcial y débilmente, a las categorías intelectuales. Nuestro tiempo, finalmente, ha creado una comunicación más viva y más extensa: la que ha establecido entre las juventudes hispano-americanas la emoción revolucionaria. Más bien espiritual que intelectual, esta comunicación recuerda la que concertó a la generación de la independencia. Ahora como entonces la emoción revolucionaria da unidad a la América indo-española. Los intereses burgueses son concurrentes

o rivales; los intereses de las masas no. Con la Revolución Mexicana, con su suerte, con su ideario, con sus hombres, se sienten solidarios todos los hombres nuevos de América. Los brindis pacatos de la diplomacia no unirán a estos pueblos. Los unirán en el porvenir, los votos históricos de las muchedumbres”.

La Unidad Latinoamericana, de aquí en adelante, se asociará ya no sólo a la causa antiimperialista, sino en general a las luchas de las mayorías oprimidas, al programa de los proyectos nacional-estadistas y a la estrategia de una parte importante de las izquierdas latinoamericanas. Los movimientos de liberación nacional que aflorarán en las siguientes décadas, sobre todo a partir del triunfo de la Revolución Cubana, tendrán como norte la propagación a escala continental de la revolución, con la estrategia guevarista como la expresión más acabada de esta vocación.

Consideraciones finales

Como hemos podido observar, desde el mismo momento que emergieron a la vida independiente las repúblicas americanas, y desde un poco antes también, el sueño de la Patria Grande se fue constituyendo en una magnética fuente de inspiración capaz comprometer importantes energías y destacadas voluntades en pos de su materialización. La unión continental era entendida no sólo como un deber ser de la América comprendida entre el Rio Bravo y el Estrecho de Magallanes, sino como única garantía para su plena y verdadera realización. Sólo la unidad permitiría asegurar la independencia con respecto a otras potencias, sólo la unión evitaría permanecer bajo el saqueo imperial, y sólo la integración de sus repúblicas posibilitaría un desarrollo real de sus fuerzas económicas, un futuro de grandeza espiritual y de prosperidad social para sus habitantes.

Es el ideal bolivariano -que subordina al sanmartiniano, o para ser más justos, lo subsume, lo integra- el que será recuperado una y otra vez a lo largo de la historia latinoamericana para fundamentar las iniciativas a favor de la unidad continental. Se constituye de esta manera en el mito de los orígenes al que se recurrirá constantemente para, a través de una doble operación, desnaturalizar aquellas “patrias fragmentadas”, tanto como para legitimar a los distintos proyectos integracionistas que se fueron poniendo en juego a lo largo de estos 200 años. ‘

Desde sus orígenes mirandinos, la idea de unión continental fue, esencialmente, una idea de cuño y ámbito hispanoamericanos. Para evadir los problemas de denominación de esa gran patria que se buscaba formar, se apeló al nombre genérico de “América”. Frente a Europa, América. Sin renunciar a la significación hemisférica, “la Unión Hispanoamericana era apellidada, en consecuencia, Unión Americana”, como se percibe claramente en la convocatoria al Congreso de Panamá (Ardao, 1980). Con la invasión de Estados Unidos a México y la promoción de las incursiones de sus filibusteros en Centroamérica, a la tradicional antítesis Europa-América, que desde la independencia había venido condicionando el unionismo hispanoamericano, se añade entonces otra: la de las “dos Américas”, la del Norte y la del Sur, dicho en términos de geografía política

más que de geografía a secas. Es entonces cuando el uso del concepto de “Unidad Latinoamericana” o el de “Nuestra América” se generalizan. En las primeras décadas del siglo XX, el debate será enriquecido por algunos referentes del marxismo que, a contramano de la tradición de los partidos de izquierdas, estaban más atentos al contexto americano donde buscaban operar, y por lo tanto, tomaban nota de los actores sociales involucrados. El término “Indoamérica” pasará a ocupar un lugar privilegiado en el lenguaje de las izquierdas americanistas.

A riesgo de simplificar, consideramos que es posible identificar distintas etapas en el desenvolvimiento histórico de la idea de la Unidad Americana, a partir del campo que fue privilegiado para avanzar en su concreción. Lo que no significa que, simultáneamente, no hubieran existido intervenciones y despliegues en otros planos, pero encontramos elementos para afirmar que se generó cierta primacía de uno en particular en cada momento histórico. En una primera etapa - la independentista-, fue el terreno de lo militar donde se encolumnaron, tras las espadas de San Martín y de Bolívar, los esfuerzos para evitar la desintegración de un espacio que era considerado por muchos como una entidad natural. Con el Congreso de Panamá en 1826, ya consumada la independencia, se inaugura un período signado por los intentos diplomáticos a través de tratados bilaterales y convocatorias continentales, con el fin de articular a las nacientes repúblicas en una unidad mayor que, respetando las singularidades nacionales, dotara al conjunto de herramientas para hacerle frente tanto a las amenazas externas, como a las necesidades de desarrollo y progreso económico. Una tercera etapa la constituyen los ensayos, reflexiones y representaciones que desde el mundo literario de entre siglos abordaron el problema de la unidad latinoamericana, ya en clara contraposición, a la introyección cultural anglosajona en la región, pero fundamentalmente al intervencionismo político, militar y económico norteamericano, que al compás de la Doctrina Monroe, para la primera década del nuevo siglo, contaba ya con un nutrido historial de operaciones al sur de su frontera. Finalmente, con la irrupción de las clases populares a través de la Revolución Mexicana y la Gesta Sandinista, será el escenario de la política de masas donde la idea-fuerza de la Patria Grande se alojará definitivamente, asociándose a los proyectos de transformación radical de las sociedades de gran parte del espectro de los movimientos populares y organizaciones revolucionarias latinoamericanas. La fuerza de ese mito permitirá movilizar numerosas voluntades y energías revolucionarias a lo largo de todo el siglo XX. Formará parte del repertorio ideológico de los movimientos nacionalpopulares como el varguismo y el peronismo, que buscarán articular una integración política y económica entre los países de la región a fin de contrapesar la influencia norteamericana y europea. Será un componente clave en el ideario de la nueva izquierda surgida al calor de la Revolución Cubana, que entendían una utopía las posibilidades de erigir un nuevo orden político, social y económico de carácter socialista sin la unidad del continente. En la historia reciente de nuestro continente, aun cuando las oleadas dictatoriales, el Consenso de Washington y las “relaciones carnales” con Estados Unidos habían hecho creer a muchos que la idea de la Patria Grande estaba demodé, la irrupción de un nuevo

movimiento de masas, otra vez con raíces en Venezuela, volvió a poner en agenda los debates y proyectos en torno al viejo sueño de los libertadores, la América unida.

Bibliografía Ardao, A. (1980). Génesis de la idea y el nombre de América Latina. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. Artesano, E. (1991). Manuel Belgrano y la Nación Sudamericana. Buenos Aires: Biblioteca Nacional de Maestros. Bolívar, S. (1950). Documentos. La Habana: Ed. Casa de las Américas. Brading, D. (2004) Introducción a la Carta dirigida a los españoles americanos de Juan Pablo Viscardo y Guzmán. Fondo de Cultura Económica. De la Reza, G. (Comp.). (2010). Documentos sobre el Congreso Anfictiónico de Panamá. Caracas: Biblioteca Ayacucho. Funes, P. (2006) Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos. Buenos Aires: Prometeo Libros, Guerra, F-X. 1992. Modernidad e independencias, Madrid: Mapfre. Haya de la Torre, V. (1930). "El aprismo es una doctrina completa y un método de acción realista". En Ideario y acción aprista. Buenos Aires: Claridad. — (1936). El antiimperialismo y el APRA. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla. Lastarria, J. (1867). La América. Gante: Ed. Vanderhaeghen. Mires, F. (1988). La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina. México: Siglo XXI. Pérez Guilhou, D. (1966). Las ideas monárquicas en el Congreso de Tucumán. Buenos Aires: Depalma. Ramos, J. A. (1968). Historia de la Nación Latinoamericana. Buenos Aires: A. Peña Lillo. Ugarte, M. (1953). El porvenir de América Latina. Buenos Aires: Ed. Indoamérica. Webster, C. (1944). Gran Bretaña y la Independencia de la América Latina: 1812-1830. Documentos escogidos de los Archivos del Foreign Office. T. I. Buenos Aires: Editorial Guillermo Kraft. Zea, L. (1971). La esencia de lo americano. Buenos Aires: Pleamar.

Fuente: Historia de América Latina Recorridos temáticos e historiográficos: siglos XIX y XX. Osvaldo Barreneche, Andrés Bisso y Jorge Troisi Melean (coordinadores). Facultad de humanidades y ciencias de la educación. Universidad de la Plata, 2017.